

Introducción. Dar vida a la Córdoba islámica durante la época omeya (desde el siglo VIII hasta principios del XI)

CÓRDOBA es uno de los destinos turísticos más populares tanto para los españoles como para los extranjeros. Tiene un rico pasado que ofrecer, desde las ruinas romanas hasta el Centro de Creación Contemporánea de Andalucía. Entre los lugares visitados por los turistas destaca la mezquita construida por el primer emir omeya de al-Andalus, Abd al-Rahman I (figura 1).

Popularmente conocida hoy en día como “mezquita-catedral” (por haberse incrustado en el edificio de época islámica una catedral tras la conquista cristiana), su bosque de columnas con la característica alternancia de los colores rojo y blanco es una imagen presente en el imaginario de millones de personas que pueden no haber estado en Córdoba, pero que han visto representaciones del original o alguna

de las múltiples emulaciones a las que ha dado lugar.

La literatura sobre la mezquita y en general sobre la Córdoba islámica es muy abundante. Se ha podido reconstruir la topografía de la ciudad islámica en distintos periodos y se han hecho excavaciones que han sacado a la luz barrios donde vivían mayoritariamente pobladores cristianos, como en la zona de Cercadilla (estación de autobuses de Córdoba) y otros de población musulmana como el de Secunda que fue destruido a comienzos del siglo IX (figura 2).

Este urbanismo recuperado, así como la cultura material a él asociada, permiten precisar algunas de las formas de vida de la población en general y no solo de las élites, que es de la que nos



Figura 1. Interior de la Mezquita-Catedral de Córdoba.

Fotografía: Wikimedia Commons.

dan información sobre todo las fuentes textuales (figura 3).

Para quienes conocen la historia del pasado islámico de Córdoba, ya sea porque puedan leer las fuentes árabes o porque se interesen por los estudios escritos a partir de ellas en distintas lenguas, su imaginario sobre la ciudad también está poblado de personajes relacionados con esas élites. Algunos de esos personajes han dado lugar a novelas históricas, llegando así a públicos más amplios.



Figura 2. Vista aérea del arrabal de Secunda de Córdoba.

Fotografía: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Los autores que han colaborado en este volumen no son novelistas, sino investigadores que, en distintas instituciones académicas españolas, se dedican al estudio de la historia de al-Andalus. Se les ha pedido que presenten a alguno de los personajes que vivieron en la Córdoba omeya a partir de fuentes literarias y de otro tipo que han preservado su recuerdo y que lo hagan intentando aproximar sus figuras a un público no especialista. Inicialmente concebido como un ciclo de conferencias que se celebró en Casa Árabe Córdoba desde marzo de 2024 hasta diciembre de 2025, el éxito de público y la calidad de las intervenciones llevó a los impulsores del ciclo a pensar en publicar un libro con los resultados.

El objetivo en ambos casos era el mismo: acercar al presente a unos personajes —musulmanes, judíos y cristianos— que vivían en el

alcázar cordobés o fuera de él, caminaban por las calles de la ciudad, iban a comprar al mercado, visitaban la mezquita para rezar o por otros motivos, iban a la iglesia o a la sinagoga, acudían a los baños públicos, salían de expedición militar, viajaban a Oriente por comercio o por estudios, se casaban, se divorciaban, tenían hijos, se los enterraba... Se trata, en suma, de poblar las calles de Córdoba y sus edificios de época islámica con la presencia y el movimiento de las gentes que habitaban la ciudad, las actividades a las que se dedicaban, las concepciones que tenían del mundo en el que vivían y cómo las reflejaban en las obras que escribían, qué traían consigo de vuelta aquellos que viajaban fuera.

Cada capítulo está dedicado a un personaje específico (23 en total) centrándose en su trayectoria biográfica y a través de ella, se busca recrear también al grupo al que pertenecía. Se inicia el libro con el último gobernador dependiente de Damasco, Yusuf al-Fihri, cuya derrota a manos de Abd al-Rahman I —el primer emir omeya independiente— señala el final de la sociedad de los conquistadores y el comienzo de una nueva era en la que conquistadores y conquistados se irán fundiendo, dando lugar a los “andalusíes”.

El segundo biografiado, Abd al-Malik ibn Habib, es un descendiente de esos conquistadores árabes y sus

clientes de distintas procedencias étnicas, que representa el momento en que miembros de las élites de la conquista se alejan de la espada y empiezan a dedicarse a la pluma, siendo uno de nuestros personajes uno de los autores más prolíficos y de duradera influencia en el campo religioso y jurídico.

Contemporáneo de este sabio musulmán fue el sacerdote Eulogio



Figura 3. Plato del caballo (Medina Elvira, siglos X-XI). Museo de la Alhambra (Granada).

Fotografía: Patronato de la Alhambra y Generalife.



Figura 4. Adaptación de la Córdoba califal en el año 1000.

Fuente: Arturo Redondo Paz.

de Córdoba, cuya decidida labor en pro de la resistencia de sectores de su comunidad religiosa a la aculturación a la sociedad islámica que estaba teniendo lugar entonces explica que el movimiento de los así llamados “mártires voluntarios” cordobeses tuviera la amplitud que alcanzó. De la misma época es el poeta Yahya al-Gazal, cuyas tendencias librepensadoras le pusieron en algún aprieto con los sectores más conservadores de la sociedad, pero cuya cercanía al emir omeya Abd al-Rahman II le permitió superarlos. Su embajada a la corte del emperador de Bizancio fue objeto de un relato en el que no es fácil deslindar lo histórico de lo novelesco.

Por la misma época vivió Abbas Ibn Firnas, famoso hasta hoy en día por su

intento —fallido, pero valiente— de volar. A través de su biografía y de sus intereses se percibe cómo la sociedad andalusí se dotaba no solamente de las ciencias religiosas y jurídicas necesarias para la vida comunitaria y de las artes y letras para el solaz, sino también de conocimientos científicos que requerían la introducción de obras venidas de Oriente —como en los otros campos del saber— y su adaptación a las necesidades locales. Entre los conocimientos que entonces se desarrollaban, el histórico tuvo un gran impulso por el esfuerzo de la familia de los Banu I-Razi, gracias a cuya producción se conservó y elaboró la memoria de la dinastía omeya.

A caballo entre la época del emirato y la del califato omeya se sitúa la figura

de Ibn Masarra, sobre cuyo pensamiento en teología, filosofía y mística se ha producido un gran avance en las últimas décadas gracias a la publicación y estudio de obras que se consideraban perdidas. Le podemos considerar representante de cómo los andalusíes no se limitaron a reproducir lo aprendido en las tierras centrales del Islam, sino que desde el primer momento supieron dejar su impronta en un complejo proceso de recepción, asimilación, adaptación y reconfiguración. Fue en época califal cuando en las comunidades de los judíos y los cristianos de al-Andalus se produce un florecimiento cultural que reflejaba, como en el caso musulmán, una situación económica próspera y un sentimiento de fortaleza cultural local. Con Dunash ben Labrat y otros judíos profundamente arabizados florece la poesía hebrea andalusí, ya que la arabización cultural fue unida a una intensa actividad en la promoción de la cultura religiosa propia. Entre los cristianos, Hafís ibn Albar al-Quti representa también los

horizontes abiertos por esa arabización cultural, con la traducción al árabe de los Salmos.

Los cordobeses no se dedicaban únicamente al cultivo de los saberes religiosos, literarios y científicos. Se ocupaban también de profesiones asociadas al mundo del zoco como fue el caso del perfumista Muhammad ibn Numan, salido del anonimato en el que generalmente quedan los artesanos y los tenderos gracias a su aparición en el relato de un acontecimiento señalado que tuvo lugar junto a la puerta de la Sudda del alcázar cordobés. Una vez consolidado el califato proclamado en 929 por Abd al-Rahman III, se multiplican las referencias a cordobeses activos en la corte, en la administración omeya y en el mundo del saber. Sus procedencias étnicas son muy diversas. Mundhir al-Balluti, famoso por su elocuencia, era de origen bereber y llegó a ser cadí de Córdoba a pesar de profesar una doctrina jurídica distinta de la malikí, la preponderante en al-Andalus. De origen eslavo era Yafar al-Saqlabi, alto funcionario en la corte cordobesa donde gozó de gran influencia. El oriental Abu Ali al-Qali fue uno de los literatos y gramáticos más destacados de Córdoba. El judío Hasday ben Shaprut promovió la cultura de su comunidad al igual que hicieron con la cultura islámica los

califas omeyas, a los que sirvió como jefe de aduanas, embajador ante los reinos cristianos, médico y colaborador en la traducción del Dioscórides. El califa al-Hakam II, a diferencia de su padre que se había volcado en la primera mitad de su reinado en la actividad militar, se concentró en el mundo del saber llegando a ser considerado “uno de los nuestros” por parte de los ulemas. Sus amores con Subh y las relaciones de esta con Almanzor muestran la estrecha imbricación de las dimensiones personales con las políticas. La profesión militar está representada por Galib, cuya trayectoria exitosa se vio amenazada por la aún más exitosa de Almanzor.

El mundo del saber de la segunda mitad del siglo X está lleno de personajes que sobresalieron en los campos a los que se dedicaron. Ibn Yulyul lo hizo en medicina y farmacología. Ibn al-Attar, una personalidad fuerte que tuvo una relación difícil con los otros juristas, fue autor de una compilación de formularios notariales que nos brinda preciosa información sobre la vida social y económica de la época. Yusuf ibn Harun al-Ramadi sobresalió en poesía y murió pobre en los años difíciles de tensiones políticas que culminaron con la abolición del califato omeya. Otro que sufrió las

consecuencias de ese periodo fue el cadí Ibn Wafid quien pagó con su vida su fidelidad a uno de los muchos pretendientes omeyas que se sucedieron entonces. El literato Abu Amir Ibn Shuhayd, autor de obras reconocidas por su calidad en todo el mundo islámico, vio desaparecer el mundo de la corte omeya y amirí en el que se había formado con sus sesiones dedicadas a la poesía y a vivir la buena vida de las que ha dejado tantas descripciones. El médico Abu l-Qasim al-Zahrawi, cuyo nombre le remite a la ciudad palatina de Medina Azahara, compuso una obra médica —cuya parte dedicada a la cirugía es especialmente famosa— que se difundió en la cristiandad latina. Las vidas de todos ellos nos ofrecen viñetas de interés sobre la vida en Córdoba.

Se ha simplificado la terminología para que esta no se convierta en un obstáculo para el lector no especialista interesado, pero no los contenidos, ya que se presupone que ese lector no especialista tiene los conocimientos necesarios para poder acceder a la divulgación científica.

Los personajes son tratados principalmente a partir de las fuentes textuales de que disponemos. Estas nos informan fundamentalmente sobre gobernantes y miembros de la corte y del ejército, además de gentes del mundo del saber. Por tanto, las semblanzas que predominan son

estas, con un caso en el que se ha buscado una aproximación al mundo del zoco. No se trata, pues, de escribir sobre la vida cotidiana en al-Andalus —tema este sobre el que disponemos de algunos estudios y del que

esperamos ocuparnos en otro momento— sino de ofrecer a quienes visitan Córdoba la posibilidad de imaginar a las gentes de carne y hueso que la habitaron hace siglos, de dar vida a algunos de sus habitantes para

quienes vivimos hoy, evitando caer en anacronismos o en visiones románticas de un pasado que, como tal, nos puede ser ajeno, pero no nos debe ser indiferente en nuestra común humanidad.